

TEOLOGÍA Y ÉTICA

La tesis de este artículo es que no hay teología sin ética. Más aún, que la ética es previa a la teología, se mantiene durante la reflexión teológica y perdura después de ella. Es decir, las tesis teológicas reflejan la ética que uno tiene. No estamos pues ante la pregunta de si la teología presupone la ética, sino ante la pregunta de cómo y por qué la presupone.

Concilium 329 (2009) 91-101.

Siempre ha habido un íntimo vínculo entre la teología y la ética. Teólogos de todos los continentes hablan elocuente y trágicamente de los sufrimientos, luchas y esperanzas de los miembros de sus comunidades. Jon Sobrino, por ejemplo, nos recuerda que “el problema fundamental de nuestro mundo es la terca ignorancia, disimulo y sopor de los privilegiados ante la inhumanidad actual. Estas realidades interpelan nuestra ética y representan un desafío teológico radical”.

Soy una teóloga norteamericana que imparto docencia en un centro superior privilegiado. He sido capaz de combatir la herencia del sexismo y criar a mis hijos con perspectivas de futuro. De ahí que no llegue a tomar conciencia de la situación de los pobres y no me sienta con derecho alguno a decir obviedades sobre la empatía con su condición.

Pero los teólogos aprendemos unos de otros. Sólo uniendo las

experiencias y las voces de los pobres y de los que no lo son, de los del norte y de los del sur, podemos esperar poner fin a esta “desconexión” entre las situaciones de los pobres y las responsabilidades de los que no lo son. Nuestras reflexiones teológicas y éticas reflejan nuestras culturas y nuestras visiones del mundo. Puedes plantearte la teología y la ética como un indio, un peruano o un alemán; como un hombre o una mujer, como un dalit o un descendiente de la aristocracia europea. Y nuestra experiencia nos ilustra tanto sobre el racismo en los Estados Unidos, como sobre los derechos civiles en el Congo o el tráfico sexual en Tailandia.

Sin embargo, son muchas las cosas que tenemos en común. Compartimos, en primer lugar, las mismas necesidades básicas y capacidades. A pesar del pluralismo, no es difícil identificar bienes humanos valorados como bienes “universales”: comida, salud, sanidad, refugio, libertad, educa-

ción, empleo... Como dijo Tomás de Aquino, todos reconocemos la bondad de conservar la vida, alimentarnos, educar a la siguiente generación, vivir responsablemente en una sociedad estable y justa.

En segundo lugar, todos deseamos proteger nuestros intereses, incluso a expensas de otros. Sabemos cuáles son los bienes básicos, pero a pesar de lo dicho por Kant y la Doctrina Social de la Iglesia, son muchas las personas que no ven la obviedad de que todos tienen el mismo derecho a disfrutarlos. Con frecuencia, la violencia directa y el asesinato son medios con los que excluimos a nuestros semejantes del bien de la vida. La teología cristiana posee una categoría muy apropiada para interpretar esta realidad: el pecado. El pecado original da nombre a la distorsión que se encuentra en lo profundo del corazón humano. El pecado como egoísmo y dominación es la principal cuestión moral que tenemos que afrontar como personas humanas y como cristianos.

¿Que es la teología cristiana? La convicción fundamental del cristianismo es que somos salvados del egoísmo y la alienación cuando llegamos a ser uno en Jesús mediante el Espíritu y miembros de la “nueva familia” en Cristo (terminología de Pablo) y ciudadanos del “Reino de Dios” (terminología de los evangelios). ¿Qué es la ética cristiana? La convicción de la ética cristiana reside

en poner nombre a los sufrimientos y las esperanzas de los que “nada tienen”, llamando a todos a identificarse empáticamente unos con otros y, especialmente, a realizar una “opción preferencial por los pobres”. Estas exigencias no son “exclusivas” o “únicas” pero caracterizan la vida cristiana como cristiana. Los que están unidos en Cristo hacen obligatoriamente una opción por los pobres.

Estudiaré las relaciones entre la teología y la ética, poniendo a ésta en diálogo con cuatro puntos teológicos de referencia: con la teología bíblica, la cristología, la eclesiología y la teología de las religiones o el diálogo interreligioso. Y desarrollaré la conexión normativa entre el compromiso *ético* con los pobres y *las teologías* del reino de Dios, Cristo, la iglesia y las religiones.

Teología bíblica: El reino de Dios

La mayoría de los teólogos reconocen la importancia del símbolo del “reino o reinado” de Dios para la teología y la ética. Fundamental en la predicación y el ministerio de Jesús, el reino de Dios es una imagen colectiva de la salvación que tiene implicaciones prácticas. El reino de Dios es primero y antes que nada el gobierno de Dios que quebranta las condiciones históricas del pecado y reordena las relaciones humanas

para que sean el reflejo de una nueva experiencia de la propia vida y del amor de Dios.

El símbolo del Reino de Dios deja claro que la ética y la política no son unos homólogos secundarios u opcionales de la teología, una especie de “aplicación” práctica posterior, ni superfluas “adiciones” a la identidad cristiana. El compromiso político es constitutivo de la identidad cristiana, forma parte integral del sentido de la salvación en Cristo y es la condición práctica sin la que no puede entenderse mínimamente el significado de la fe. Comparemos la teología del reino de Jon Sobrino con la de Joseph Ratzinger (*Jesús de Nazaret*, 2007). Las situaciones sociales de Sobrino y Ratzinger son diferentes, por lo que también lo son sus lentes hermenéuticas. Como teólogo alemán y Obispo de Roma, Ratzinger examina la biblia, la fe y la identidad como un europeo. Su marco de referencia no lo constituye la lucha y la fe “humanizadora” de los pobres (Sobrino) sino el secularismo y el escepticismo de la clase culta de Europa. Ciertamente que Europa tiene sus propias luchas (economía, inmigración, proliferación de la energía nuclear). También es verdad que Ratzinger ha viajado mucho como papa y ha hecho muchas declaraciones sobre la pobreza y el medio ambiente.

Sin embargo, en su libro sobre Jesús, el ojo de Ratzinger parece centrarse en la disminución pro-

gresiva de la fe cristiana en Europa. Una situación muy diferente de la experiencia de los cristianos que viven en América del Norte o del Sur, de la de los teólogos que viven en zonas en donde el cristianismo no ha sido nunca una fuerza cultural dominante. Ratzinger, al interpretar el Reino de Dios exclusivamente en términos de la relación personal y trascendente con Dios, abierta a todos en Jesucristo, minimiza una parte importante de la identidad bíblica cristiana: el compromiso por cambiar el mundo en el que vivimos. La ausencia de compromiso con los que nada tienen socava las verdaderas condiciones bajo las que la verdad de la fe puede conocerse e interpretarse teológicamente.

Al centrarse en la naturaleza trascendente del reino y en la divinidad de Cristo, Ratzinger no consigue dar un contenido práctico a la vida del reino en la actualidad. Perder de vista las implicaciones prácticas y éticas de la humanidad de Cristo es un verdadero desastre teológico, pues socava Calcedonia. Y también es un desastre ético porque vacía la vida cristiana de un sentido concreto y desconecta la ética del núcleo de la fe.

La fe de quienes no son pobres, si es auténtica fe cristiana, les elevará al Dios cristiano si al mismo tiempo alarga la mano hasta “los miserables de la tierra” (Franz Fanon).

Cristología: Teología de la encarnación (Cristo, ser humano y ser divino)

Ratzinger y Sobrino acentúan la identidad de Cristo y su relevancia para la ética de formas diferentes. Mientras que uno (Ratzinger) subraya la divinidad, el otro (Sobrino) destaca la humanidad. Nada nuevo ni sorprendente. De hecho la tradición cristiana no llega a formular la identidad dual de Cristo hasta Nicea (325) y Calcedonia (450). Pero las paradójicas formulaciones de estos concilios significaron una tregua más que una resolución.

La persistente búsqueda cristiana por comprender la auténtica identidad de Cristo y su sentido no es otra cosa que la misma historia de la iglesia. La irrupción del “pobre” en el escenario de la historia y en la conciencia de los teólogos, al igual que la irrupción de la teología feminista y de un cristianismo global han producido nuevas perspectivas cristológicas. Entre ellas se incluye la importancia de la humanidad de Cristo, la naturaleza de la salvación como realidad también política y el sentido de la cruz, más como expresión de la solidaridad de Dios con el dolor humano que como un castigo por el pecado.

La mayoría de los teólogos actuales, o al menos los que se toman en serio la opción preferencial por los pobres, dan por sentado que Je-

sús de Nazaret fue un personaje histórico verdaderamente humano y que trabajó como ser humano para derribar las estructuras opresoras de su época. No obstante, afirmar que Cristo es humano *no es suficiente* para hacer justicia a las transformaciones sociales por las que trabajamos y esperamos y por las que realmente podemos distinguarnos. La praxis ética cristiana hace posible y necesario que se hable también de una teología “ascendente” de la *divinidad* de Cristo. La conciencia de que Cristo es “divino” se fundamentó y sigue fundamentándose en experiencias concretas de salvación y transformación, es decir, en la praxis del reinado de Dios.

La experiencia cristiana solidaria exige que Cristo sea reconocido *tanto* en su humanidad *como* en su divinidad. El reconocimiento *teológico* de Cristo como alguien que no solamente es “como nosotros”, sino radicalmente *diferente* de nosotros, se enraíza en el cambio de nuestro ser, por el que pasamos del egoísmo a la solidaridad con Dios y con los otros. La confesión original de la divinidad de Cristo dependió y sigue dependiendo de haber experimentado un cambio tan radical que sólo puede proceder del poder de Dios en nosotros. Y desde las prácticas del reinado de Dios confesamos la plena y verdadera humanidad de Cristo como aquella que nos une con él de modo transformador y nos muestra lo específico de la vida en el reino.

Con otras palabras: la teología de la encarnación exige una ética cristiana. Sin una práctica del reino, la plena realidad de Cristo no es visible ni comprensible. La ética práctica centrada en los pobres es la *precondición* necesaria de una teología correcta de la identidad de Cristo.

Eclesiología: la iglesia como lugar de salvación, culto y formación moral

Nuestra teología sobre la iglesia debe dilucidar *cómo* ella es mediadora de la salvación en y a través de las relaciones humanas y la identidad colectiva, con el cambio que Sobrino ha exigido. De modo misterioso y paradójico, Cristo es uno con nosotros y uno con Dios; así como está unido a nosotros en nuestra humanidad, de igual modo estamos unidos a él en su divinidad. Pero, ¿qué *significa* que participamos *realmente* en la vida de Cristo y en la unidad de Cristo con Dios? ¿*Dónde* acontece esto? En la iglesia, donde, a pesar de sus fallos, aprendemos a aceptar la política de la vida de Dios, del amor de Dios y del reino de Dios. En efecto, al gustar esta renovación en la comunidad eclesial, en nuestras acciones y en comunión con los pobres, podemos ver quién es Cristo: Dios con nosotros, para nosotros y en nosotros, el que hace nueva la creación.

Entre las muchas actividades eclesiales destacan la liturgia y la

ética. Para Louis-Marie Chauvet, la liturgia y los sacramentos son el lenguaje de la iglesia, mediante los que forma la identidad y la acción personal y social. Al intercambiarse símbolos, lo sujetos “se intercambian a ellos mismos”. Y este intercambio incluye a Dios.

La vida de la iglesia no sólo consta de prácticas litúrgicas sino también morales, como compartir los bienes materiales incluso con los más necesitados (Hch 2, 42-47; 4, 32-35). La explotación de los necesitados, al igual que otras injusticias, hace imposible discernir teológicamente el cuerpo del Señor ni actualizarlo litúrgicamente. En cambio, una ética de servicio es en sí misma sacramental, revela a Dios en cuanto comunica el don que Jesús hizo de sí mismo. El testimonio ético del evangelio es una marca de la iglesia como sacramento del reino de Dios, y es necesario tanto para el culto auténtico como para la teología. De ahí que la ética sea un aspecto esencial de la teología.

La ética teológica formativa puede adoptar varias formas: narrativa, profética y descriptiva. En su forma *narrativa* narra la identidad cristiana como parte del relato evangélico, por ejemplo, cómo vivir en el reino de Dios y hacer una opción por los pobres. En su modo *profético*, la ética cristiana levanta su voz contra las injusticias, tanto en la iglesia como en la sociedad. Por ejemplo, las teólogas feministas exigen a la iglesia un trato igualitario, un “dis-

cupulado de iguales”, mientras que los teólogos de la liberación le urgen a que tome una posición firme en las estructuras de opresión.

La ética *prescriptiva*, más controvertida, es un género conocido desde antes del Vaticano II, cuando se llamaba “teología moral”. No se dirige solamente a colectivos, como “los ricos”, “las familias” o “los dirigentes”. Llega también a situaciones muy concretas de la vida moral. Por su obsesión por las cuestiones sexuales se ha ganado una pésima reputación, y se ha visto suplantada por modelos de discernimiento ético mas personalizadas y de situación. No obstante, sugiero que tal vez sea el momento de reavivar este modo de ética contra el consumismo, la codicia y el militarismo, contra el sexismo y la explotación de la mujer, a favor de la exigencia de un sueldo justo, contra la malicia intrínseca de la violencia doméstica, la protección de los derechos del niño, la denuncia de la inmoralidad en compañías dedicadas a la fabricación de armas o la lesión del medio ambiente. Sería una forma de ética prescriptiva que desafiaría de manera realista aquello que se espera de nuestra sociedad.

Como Tomás de Aquino comentaba, cuanto más bajamos a las cuestiones de detalle de la moral práctica, mayor es la contingencia y la ambigüedad. Pero el argumento de la matización y la revisión, no constituye por sí mismo un argumento contra la ética prescriptiva. La ética cristiana prescriptiva

cumple con una importante función formativa, porque compromete a los miembros de la comunidad en acciones, incluso antes de que lleguen a analizar la razón que subyace en ellas. Esta modalidad ética es un camino para llevar la sabiduría moral de la comunidad de salvación a la base de los comportamientos humanos individuales y de las disposiciones humanas básicas.

Teología de las religiones: la relevancia de las relaciones interreligiosas para la identidad, la teología y la ética

El diálogo interreligioso forma parte de “lo que tiene que ocurrir” si verdaderamente ha de producirse un cambio. Este diálogo no es el resultado de unas teologías abstractas sobre Cristo ni de unas deducciones teóricas a partir de las fórmulas del credo. Más bien se trata de reaccionar con horror ante la violencia y la injusticia, de sentir remordimiento por la violencia cometida en nombre del cristianismo, del judaísmo y del islam; de reconocer que gentes de muchas religiones ejercen una opción por los pobres y celebran liturgias de una belleza trascendente, experiencias todas que, potenciadas por la comunicación y los viajes, han puesto el diálogo interreligioso en la agenda del cristianismo.

Allí donde la comunicación es posible, se puede reflexionar sobre

los contrastes y las convergencias que existen entre las religiones, puesto que comparten algún tipo de lenguaje y siempre hay alguna historia que las une. Nuestras identidades son permeables e híbridas. Las religiones se mezclan y se emparejan dentro de las culturas y entre las culturas, ayudadas por la red real y virtual de la globalización. La liturgia y la ética nos conectan con el mundo que nos rodea, con los demás, con otras tradiciones, costumbres y sistemas de símbolos. Los encuentros con “otras” religiones arrojarían luz sobre la identidad y la autocomprensión del cristianismo. Algunos teólogos hablan hoy de la “múltiple pertenencia religiosa” para describir las identidades que habitan en más de un único universo religioso.

Un ejemplo de aprendizaje interreligioso en el siglo XX ha sido el encuentro entre el cristianismo y el judaísmo. Tras el holocausto, los cristianos se confrontaron con su propio antisemitismo dando como resultado el documento *Nostra Aetate* del Vaticano II, que revisó completamente la ininterrumpida comprensión tradicional de la alianza de Dios con Israel. Más recientemente se publicó la *Dominus Iesus* (2001) que, por lo que parece, reniega de esta teología,

ante la protesta de los cristianos comprometidos con las relaciones interreligiosas. Y en 2007 hemos presenciado la expansión de la misa tridentina, basada en el misal romano de 1962. La revalidación del Rito del Viernes Santo según el misal de 1962, con su caracterización peyorativa de la fe de los judíos, provocó la protesta, sobre todo por el peligro de reactivar unos sentimientos antijudíos. La protesta a su vez provocó una revisión de la liturgia, aunque no la más adecuada desde la perspectiva interreligiosa. La teología de las religiones aún se está desarrollando. Sin embargo, resulta evidente que el diálogo interreligioso, inspirado por los problemas sociales y los intercambios de buena fe, puede desembocar en una iluminación recíproca e incluso en una conversión. He aquí otro de los caminos en los que se pone de manifiesto la interdependencia entre la teología y la ética.

En conclusión: la ética es la práctica del reino de Dios, y de ahí su importancia para la teología bíblica, las teologías de la salvación en Cristo, y para la Ecclesiológia. La ética y el compromiso social nos llevan a dialogar con otras religiones. Este proceso forma y cambia nuestra identidad de cristianos.

Condensó: FRANCESC ROMA S.J.